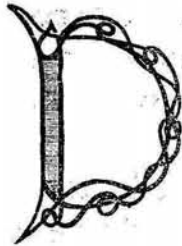


## LA GUERRA CONTRA LEÓN



ON SANCHO, vencedor del rey de Galicia, se tornó contra su otro hermano y le envió a pedir su reino.

”Alfonso de León—acía en carta el castellano—, los intereses del reino exigen una sola corona; vamos, pues, a disputarla en lidia franca, frente a frente en campo llano. Dios decidirá en la contienda y dará el fallo.”

Convenidos los dos hermanos, la batalla se libró en Llantada y fué en extremo sangrienta.

El Cid la decidió en favor de don Sancho, pero como no fué del todo contundente, los leoneses no se dieron por derrotados, y en la noche empezaron a recibir ayuda de los vencidos de Galicia y a engrosar su bando. El Cid, comprendiendo el peligro, convenció al rey castellano de que era más prudente levantar el campo con un triunfo y esperar mejor ocasión, que no exponerse a una posible derrota.

Guardó don Alfonso su reino de León y ambos hermanos permanecieron tranquilos durante un buen tiempo. Pero don Sancho no abandona fácilmente sus proyectos

## V. HUIDOBRO

y vuelve a proponer a don Alfonso otra batalla en las mismas condiciones que la anterior.

Seguro de su triunfo, don Alfonso acepta la proposición de don Sancho.

Ambos ejércitos se encuentran en la frontera de Castilla y León, frente al pueblo de Golpejares. Don Sancho comete el error de dividir su ejército y mandar al Cid con sus famosos trescientos a cortar el camino a los aliados de Alfonso. Este yerro le hizo perder la batalla.

Huyen los castellanos, abandonando todo su campamento en manos de los leoneses.

Vuelve el Cid y se encuentra a los suyos en derrota y otra vez prisionero a su rey. Combatiendo como puede, atacando por aquí, retrocediendo por allá, en vano trata de reanimar a los fugitivos.

Don Alfonso y el conde Per Ansures dirigen la batalla y ya reposan sobre sus laureles. Lejos de ellos, trece caballeros se llevan a don Sancho bajo su custodia a la prisión. De repente, como una visión, aparece ante ellos el Cid; trae la lanza rota y la armadura partida.

—Caballeros, libertad a mi rey—ruge el Cid.

—Aquí sólo manda don Alfonso—contestan los caballeros—. Id a pedir orden y lo libertaremos.

—Dadme una lanza, si sois hombres; entre hidalgos no hay orden como la lanza.

Los trece caballeros se consultan y deciden cederle una lanza. Así exige la hidalguía, y en aquellos tiempos la hidalguía era ley.

Se mete el Cid entre ellos; a golpe de arma y rebotes de caballo, mata a varios, hiere a otros, los revuelca por el suelo y sólo queda uno en pie, tan cansado, que se entrega.

—Toma, para bombones—le dice el Cid, y le arroja una perra gorda.

El rey, viéndose libre, echa los brazos al cuello de su libertador, exclamando:

—Creí que me habías abandonado.

—Yo nunca abandono a nadie.

A galope tendido vuelven ambos a juntarse con los suyos.

Don Sancho, abatido, no sabe qué partido tomar. Reunido a sus hidalgos detrás de unos robledales, con la cabeza entre las manos, sentado en un tronco, fija los ojos en la noche.

El pesado silencio del desastre agarrota todas las gargantas.

Una rana croa por hábito en algún estanque y se muerde la lengua cuando quiere atrapar una estrella.

El pobre rey fugitivo rompe el silencio:

—¿Qué hacer? Fuimos vencidos.

—Os advertí que era un error dividir las tropas—responde el Cid—; los míos casi no han peleado.

—Caro me cuesta no haber seguido tu consejo. Y ahora, ¿qué hacer?

—Lo primero reunir los dispersos, animar los fugitivos y rehacer la tropa. Mis vivareños están intactos y con ganas de romperse el alma por vos y por mí. El rey Alfonso juzga ganada la partida y se ha retirado a Carrión, donde sus tropas celebrarán la victoria. Hasta mañana no tratarán de entrar en Castilla; caigámosles, pues, de improviso al amanecer, y el triunfo volverá a nuestro lado.

Así lo hicieron. Martín Antolínez, Per Vermúdez, Diego Ordóñez y Alvar Fáñez corrieron a juntar las tropas. El Cid, Muño Gustioz fueron a estudiar el campo.

Una vez todo listo, la hueste de fantasmas lunarios se puso en marcha.

En Carrión, los leoneses están de fiesta. Toda la

## V. HUIDOBRO

noche la pasaron en gran alborozo, bebiendo y bailando con las mozas del pueblo y a la luz de las hogueras.

La columna del Cid se acerca sigilosa y casi sin respirar. Llegan hasta ellos los sonos de las gaitas, de los tamboriles y los piporros. Buen augurio.

Todo el campo se pone sigiloso, la noche anda con pies de gato. Es un silencio que alarmaría a cualquiera, y si en el campo de don Alfonso no estuvieran unos durmiendo, otros ebrios y otros bailando, no faltaría quien hubiera dado la alarma. La terrible alarma de la quietud, de esa quietud en que parece que la naturaleza se hubiera congelado dentro de un iceberg.

Avanzan los castellanos con calzas de silencio en los pies. Los comandos se repiten en secreto pasándolos de boca en boca por debajo de los brazos.

Llegan a la parte más difícil, que es atravesar el río Cea. Busca el Cid un sitio fácil para vadear el río. Los infantes montan en grupas de los caballeros y una vez en la otra orilla siguen al Cid, que los lleva cortando camino por atajos y entre sotos.

Carrión se yergue frente a ellos a menos de media legua, arriba de una colina. Dejan los caballos a unos cuantos peones y siguen a pie escondiéndose entre las matas. El Cid adelante va mostrando el camino. Trepan la colina arrastrándose, sin ruido. Castilla a paso de zorro va escalando la noche.

Carrión baila, bebe y duerme al son de las rondas triunfales. En medio de la alegría, Carrión está muy lejos del enemigo, lejos detrás de los mares. Es una isla de inocencia.

El rey don Alfonso discute en la sala del consejo con sus caballeros y capitanes lo que hay que hacer al día siguiente.

El día siguiente empieza ya a presentarse por las ventanas del cielo, cuando rompe el aire un clamoreo fantástico. Los castellanos caen sobre la plaza como brotados del suelo, se echan sobre el enemigo en confusión y despedazan cuanto encuentran, sin cuartel y sin tregua. Una voz roja va gritando: ¡Por don Sancho! ¡Por don Sancho!

Al oír el alboroto don Alfonso y sus segundos, como un solo resorte se ponen en pie y echan mano a las espadas.

No hay tiempo. En mil pedazos saltan al aire las puertas y las ventanas, y una avalancha de energúmenos se precipita en la sala a gritos: ¡Por don Sancho!, y levantando los hierros desarman a todo el mundo.

En dos saltos don Alfonso se escurría entre los suyos, y protegido por ellos va a trasponer la puerta cuando una mano le toca al hombro y una voz enérgica y respetuosa cae en sus oídos:

—Don Alfonso, no hay salida. Por don Sancho os hago preso.

Vuelve la cabeza el rey y se encuentra cara a cara con el Cid.

—Déjame libre, Ruy Díaz, y en retorno te daré lo que me pidas—dice Alfonso.

Y el Cid responde:

—Ruy Díaz no compra a nadie, y a Ruy Díaz nadie lo compra.

Abriéndose paso en medio del tumulto, con la espada chorreando sangre, aparece don Sancho hecho una furia. Al ver a su hermano se precipita sobre él con la mano en alto.

El Cid le sujeta la mano y su brazo de hierro se la deja clavada en el cielo.

## V. HUIDOBRO

—Déjame lo—grita don Sancho.

—Es prisionero mío.

—Te lo compro, Ruy Díaz; pídemelo lo que quieras—brama don Sancho.

—A Ruy Díaz nadie compra; Ruy Díaz no vende a nadie.

—Te daré por él...

—Mañana me daréis las gracias por no habérselo entregado.

—Soy tu rey.

—No lo seríais si dos veces yo no os hubiera libertado.

—Como sea; soy tu rey; entregámelo; te lo ordeno.

—Por mi rey contra mi rey. No quiero rey fratricida.

—Rodrigo, tú has ganado esta batalla, tú me has devuelto mi corona. ¿No sabes el peligro que mi hermano significa? Tú no le conoces; ¿quieres que yo sea un necio?

—Quiero que seáis generoso.

—Tú te haces responsable de él. Acaso tengas razón.

—Señor, victoria obliga. Prisionero don Alfonso, disponed de su persona, pero no de su vida.

—Si es prisionero—responde don Sancho—, que le pongan cadenas y que vaya a prisión.

Así se hizo. El Cid le salvó de la muerte, pero no de la prisión. El violento don Sancho no cedió un punto en esto.

Encarcelados don García y don Alfonso, ya no hay más rey que don Sancho.

La infanta doña Urraca, al saber la suerte de su hermano Alfonso, por quien ella tiene especial cariño, sale de Zamora y va a pedir por él a don Sancho.

A sus súplicas se juntan las del conde Per Ansués, que fué ayo de don Alfonso en su niñez y que era su valido en el reino de León.

Dice a don Sancho la infanta:

—Señor, don Alfonso ya no es peligro para vos. En nombre de nuestro padre, dejadlo libre.

Responde don Sancho:

—Nuestro padre, al dividir su reino en tres, cometió un grave error. Un reino grande requiere un solo rey.

—Don Alfonso os cede sus derechos—exclama Per Ansuere—; Castilla será grande y nadie os disputará el cetro. Dejadle libre.

—¿Libre? Jamás—contesta don Sancho.

—Entrará en un convento y tomará los hábitos—insiste doña Urraca—; yo os lo aseguro en su nombre.

Ante tal afirmación y tanto ruego, don Sancho dió libertad a su hermano, que fué llevado bajo guardias de la prisión al convento.

En el convento de San Fagundo don Alfonso tomó una mañana los hábitos monacales.

Del convento de San Fagundo, don Alfonso huyó una noche y fué a refugiarse a Toledo bajo la protección del rey moro Alí Maimón.